

PAISAJES
JENS BÜCHER

Paisajes
Jens Bücher
1985
Der.Res.Jens Bücher
No.Inscripción 116114
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

I

Lo más nos ocurre,
nuestras manos no alcanzan
o que anticipemos el ir de las cosas,
del agua o del viento.

Las creaturas estas que nosotros somos
van apegadas a la ladera
como los animales que pastan,
que buscan agua o refugio
 (y un anhelo que los sobrepasa
 hace que les tiriten la piel),
no distintos, puestos ahí, sujetos al declive,
y algo va y a nosotros nos es.

O la nostalgia nos arranca el corazón,
ella a nosotros, y siguiéndole,
cruzamos estepa y distancia,
harapientos, pobres, unos pobres de la tierra,
alimentándonos de pastos y aire,
y en la boca, esa rota de dolor, se alberga
sed, visión y perseverancia, -
llegando lloramos casi sin lágrimas,
lloramos de alegría, de ser, de ser aún,
o por nada, por un sol o una sombra,
cansados, acabados, bebemos agua
y delirando encontramos el sueño:
que algo nos mudó,
que algo nos migró,
y qué, qué fue, si lo supiésemos.

Y los que cavan, dime
si saben lo que hacen,
algo les estruja las entrañas
porque horaden sus manos hacia la profundidad
y ya sin uñas sigan cavando,
pero una tarde cualquiera y mirando de vuelta
digan basta, esto es mina, esto es pozo,
llegué a la riqueza del alma,
que salga, que vea la misma luz
que ven mis ojos - y todo por qué.

Las muchachas felices
 que gozan el madurar su propia otra vida,
 dulces, blandas, dime, qué hacen,
 profundas e inmersas en el flujo
 que no entienden, que no saben,
 cálidas, suaves, enteras.

(Otros son los ritmos
 que historia y caudillo
 tocan a nuestros oídos,
 el orgullo y la brutalidad,
 otra la autosuficiencia
 con que muchos se felicitan
 al ir a la cama,
 otra la sensibilidad
 que va a la risa, por cierto,
 o bebiendo, al paladar.)

Aún hay niños que no aprenden, que se equivocan,
 y que en medio de su no hacer son y tiemblan,
 asustados tal vez.
 O verlo en los pájaros, en los queltehues
 elevándose a la defensa de su prado,
 o junto al acantilado en las gaviotas preciosas.

Verlo al amar, al andar,
 al respirar los aires de un cielo tuyo :
 que es más que nosotros, más, más.

Saldríamos a buscar, como los niños, felices,
 quién encuentra qué, compartamos,
 muéstrame, de dónde, y esto mira,
 cómo se sostiene en medio del aire -
 este aire que le rodea distanciado y transparente -
 saldríamos hacia el cielo seguro,
 todos nosotros, buscando, encontrando, felices, felices,
 gritándonos nombres y experiencias,
 y en los ojos, movidos y tiernos,
 la luz que da y da,
 y tú también, dando, dándolo todo,
 que así quieres ser.

Dice: soñé.
 Y las imágenes de su sueño caen ahí

al centro de nosotros
como leña que uno trae y bota en medio de todo,
que el fuego alumbre y caliente
y nos veamos, entre las sombras, la cara presente.
Dice: se admiraban ustedes de mi vuelo,
y yo mismo, casi asustado, me dejaba caer
al impulso, descendía sobre el camino
y flotaba, las manos atrás, confiando,
y llenaba mi cuerpo de aire y fuerza
respirando profundo.

O cuenta ella: mis hijos me llamaban,
pero yo descendía a una playa
y avanzaba hacia las olas,
el agua cubría mis cabellos
y yo era feliz.

Un joven de nostalgia
no abre los labios pero esta ahí,
y dice su vida anhelando el futuro.
O alguien suelta una sonrisa
y su luz de dulzura cruza el espacio.

Quieres pan - y convidas hacia allá.
Un niño se despierta y llama
pero duerme antes que llegues.

Algo nos es.

Soltar no, botar no, perder, olvidar,
nada de eso, o discreto un fugarse
por detrás de nosotros y de todo lo que es,
no, por cierto: si fuésemos capaces de ello,
por juego, por azar, y resultase,
qué error, qué otro error sería
frente al que desde ya conocemos -
sino: un hacer, un actuar casi desde atrás,
como antes, allá lejos en la infancia,
y construíamos puente, camino o casa,
al otro día era todo nuevo
y siempre hacíamos.
Hoy que sea una honradez, un tolerar,
un salir al frío de invierno
y buscar las estrellas, las queridas,
o en la cúspide de todo hacer,

un confiar,
esa tarea de labranza que a todos alimenta,
generosa, buena, sana indeciblemente.

Siempre hacemos.

Selva del espíritu,
selva virgen y lluviosa, pura,
selva de aire, océano de aire,
y en este océano mil aromas,
desplazándose, desplazándose tiernamente,
cada aroma valiendo y ahí.

O los ruidos cruzando los espacios,
señal, queja, atracción,
y para otros condición y peligro,
tonos y cascadas de pureza y dulzura,
un chillido y, a veces,
ronco el grito de alguien más fuerte:
vas y escuchas y casi no puedes creerlo.

O que observes la corteza de un árbol,
lo que es,
musgo, liquen, rocío y aire, si
qué queda del tronco, de la corteza,
todo est ya transformado y es *más* vida,
más y nueva, y el insecto
cruzando dificultad y cambio
muestra pasado, presente y futuro
como si fuese un paisaje
abierto a los ojos del alma.

Uno mismo, vibrando y alerta,
conociendo el entorno con todos los sentidos,
con los conocidos y nombrables
y con los que no tienen aún un nombre,
entorno que se muestra
como el estímulo inagotable, simultáneo, infinito.
Todo es confluencia, cruce, camino y comienzo.

Quieres todo. Ir de cosa en cosa,
como de universo en universo.
Probar. Probarte. Dar y rebotar.

El recuerda : estiré la mano
y desganché la ramita. Era tan verde,
tan duro el brillo de sus hojas.

Boldo. Dulce y transparente
se hizo aquí delante de mí.
Por qué todo, y después, no sé.

Un niño anhelo música
y se enfrentó a valeses, impromptus
y momentos maravillosos,
seria y abierta el alma,
caminó en contra
y no bajó la vista.

Soy viejo, dijo uno, pero deseo
comenzar de nuevo,
olvidar la costumbre
y exponerme, que nada resbale de mí.

El amor, susurra la mujer a sus senos,
vino y fue, vino y fue,
pero yo qué hice, qué -
el amor, sí, ahora lo quiero ser,
y yo misma, siendo, quiero ir más silenciosa,
más lenta, más entera,
como invisible, tal vez.

Caminan y son,
inmersos en la limpieza eterna,
inmersos en el proceso que desconoce
flaqueza, sustituto o basura.

Caminan y hacen,
y al abrir su propio corazón
abren todo y multiplican
los modos del vivir.

Somos sidos, sí,
percibiendo, vibrando,
yendo con las olas del corazón,
pero más, más íntimamente, haciendo,
haciendo el camino hacia lo abierto,
hacia los orígenes de lo que nos es,
de vuelta,
doblemente.

II

Somos sensibles y blandos, no menos,
cálido fluido de vida, fluido abierto al día,
y nadie se sorprenda
si de tu andar cae al camino
vergüenza, donaire o gracia,
si cae como lo tuyo, hermano,
como algo íntimo y propio,
como eso de que estamos hechos,
este sentir y actuar cuidadosa, tiernamente.

Como en ella también en ti
hay un café de árbol, de corteza,
una verdad de paciencia
y un respirar en la textura,
una savia que contiene toda la vida,
la sabiduría de permanencia y cambio,
los brotes de primavera, los frutos
y el desprendimiento otoñal,
un ritmo de día y noche,
de mareas y viento, de calor y silencio.

Como a ella se le abre el alma
con tardes de música y soledad,
así también a ti te sobreviene la sorpresa,
la garganta apretada o en los ojos suaves
la entrega a un llanto lento y dulce,
que sepas tu naturaleza inmediata,
tu profundidad de agua y sal,
tu verdad de fondo.

Pero donde ella vira y abre espacio,
donde ella es valle, prado, tierra,
tú te retraes y cedes realidad.
Cuando sonrío y se facilita camino y tarea
tú callas y cargas.

Cargas la verdad del inicio.
El dominio invisible, el dominio lejano y seguro,
el acompañar, el estar ahí, amigo y atento,
que la realidad se realice toda

y se complete el impulso.

Inicio, impulso, eres despertar,
o, calladamente en la sangre,
la fuerza que levanta onda y ola
por primera vez,
eres aroma traído del futuro,
antes de la intuición, del saber, eres
el nombre de la libertad, o sonriente,
la relación genial.

Ella alimenta, va de cosa en cosa,
sabe y maniobra, y todo su tiempo
es el torrente involucrado, el tocar y ser,
y tú le envidias cercanía y contacto,
el hacer todo posible,
la proporción dadivosa.

Ella es fecunda y real, pero tú te evades.
No importa. La sigues, le sirves.
Alguna rutina útil se te abre en veces
y - adorando - trabajas.
(Eso otro, lo tuyo, lo tuyo propio,
viene de solo y te envía al gusto
un recuerdo de té, de limón.)

De la común ternura,
de la ternura mutua,
crece la imagen doble,
esa la imagen bella,
y, abarcándolos,
derrama su belleza sobre ambos.

III

Desde la cumbre del acantilado
miro por encima de rocas y olas
hacia el horizonte ancho y lejano,
una vista amplia
hacia la profundidad del espacio,
una distancia abierta
desde la mitad de mi vida.

Quienes antes vinieron al lugar,
quienes sigan, generación en generación,
los ojos puestos en lo lejos,
y algo que casi va con el viento,
todos, en medio de sí,
asombrados y cálidos.

Yace el peso del mar
como reposada energía ahí adelante,
como origen,
como la verdad constante
que conoce todos los ritmos,
y el aire juega con la superficie azul,
con la liviandad de su dócil carácter.

Persiguiendo o perseguido, apurado,
armado con rama o piedra,
agitado,
sin poder contenerse, olvidó todo
y miró, insaciable,
la amplitud derrochada ahí,
la medida inhumana que se deja ver,
la horizontal que divide el mundo.

El mar es la verdad grande,
es la verdad azul que nada pretende,
profunda, salina, llena de vida,
entregada a sí misma en silencio y sabiduría,
ese equilibrio precioso,
es la plenitud sin espacio para palabras.

Cada uno tuvo su hora antaño,

se acercó y miró,
se sentó en contra del viento
y masticando un pasto
comparó nostalgia y realidad,
anhelo y mar,
y mantuvo su vista enlagrimada
por encima de toda cercanía.

Y hacia arriba el aire.

Tomados de la mano, llegando sonrientes,
se miran y miran hacia adelante,
cálidos, tiernos -
no pueden comprender
pero se quieren y son felices,
obedientes, admirándose,
se tocan delante del mar,
amantes.

El aire puro y genuino
se evade en su propia transparencia
hacia el centro de su lejanía,
que mi piel sepa sólo de su esencia
fresca y fuerte
que muestra aquí
sobre la superficie de la tierra.

O un niño que se acercará
al promontorio de piedra y pasto
y osará una mirada desde sí mismo
hacia esa amplia novedad,
asombrado tal vez o intuyendo quizás,
y más tarde
se devolverá serio y callado.

Yo, como muchos, miro al mar.
No que sepa algo,
pero una hermandad recogida y abierta
recorre mi imaginación como don y felicidad,
y es referencia y horizonte de un otro mar,
de un mar menos visible
y a este otro lado.

IV

Sentado en el suelo, inclinado sobre la mesita,
escribo las líneas más solas de mi vida.

Son ellas el vacío en que se contrasta
el flujo maravilloso, el ir de las cosas,
la plenitud de fuerza y gracia
que inunda el mundo,
son, aparte, la distancia hacia todo,
la soledad en medio del universo.

Más fácil sería por cierto si fuesen,
si ellas fuesen, si tuviesen existencia,
o se la prestasen del objeto nombrado, mostrado, indicado -
y anduviesen emparejadas un rato,
nombre y cosa, felices.

Y así como ordeno el pensar mis palabras,
cuido, selecciono y reordeno,
amando imágenes y sonido,
queriendo la humana cadencia
que va de una en otra,
la vida misma se despega del decir
y vibra en torno como animal en celo.

Anhelamos claro la magia de antaño,
la contada por abuelas y madres,
los tiempos en que un nombre
rompía la muralla o abría cerro o mar,
la infancia generosa
que permitía creer y ser
o ir de canción en canción
llorando lágrimas de llanto.

¡Es un animal en celo! Vibra y sufre y mira,
quiere, se acerca, se aleja -
tiritita la vida en torno a mis palabras,
las más solas que estoy escribiendo,
tiritita y vibra, fluyente y graciosa.

No importa. Ahora es distinto.

Así como se relacionaban, eran y servían,
ahora no vale.
Ahora son cuando se niegan,
cuando se aíslan
y dejan que más allá sea
lo que es de verdad.

No deja aprehenderse el animal precioso,
va, corre y brilla,
que lo siga, corriendo,
brillante mi propia mirada.

V

El trigo es dulce y, mascando, sonrías -
 la verdura, apenas insinuando, es -
 el agua, dulce, el aire
 en la tarde de un verano cualquiera
 acaricia cara, sangre, alma -
 dulces son acordes y lágrimas -
 y un trazo maravilloso une
 paisaje y recuerdo.

Pero quién,
 quién dijo que en la estepa
 está cayendo la nieve, que la nieve está alta,
 que en los ríos y por la ladera de los cerros
 va la muerte sorprendiendo a los incautos,
 a los confiados, a los tranquilos,
 a los animales que no corren,
 que no aciertan dirección y momento -

(una vaquilla entregada, entregada al frío,
 apenas creciendo aún y ya atrapada
 en la soledad de un blanco
 que no cede ni escucha,
 pájaros sin referencia, apurados, asustados,
 agotados, tiritando, caen).

Quién dijo, quién vio, que nos cuente
 y sepamos separar peligro y esperanza,
 el camino de la ayuda,
 o, más cerca, el escape, la huida,
 nosotros, si somos nosotros, nosotros mismos tal vez,
 su presa, su destino, nosotros, el cálido botín
 para su negra mano -
 y, aterrados, comprender.

Y los agraciados, dime,
 los que no mueren ya, sino el tiempo
 les bota por delante trozos de camino,
 y ellos compongan, los más astutos,
 una vía al futuro, andable, tropezable, gateable,
 y puedan ver, puedan medir,

puedan conocer aún
la cara creciente, acercada, cierta,
y frente a ella jueguen
sus últimas humanas posibilidades,
los agraciados, dime,
quién los beneficia, que, mirádonos,
nos tiran, a los vivientes,
sus más íntimas, guardadas esperanzas,
como regalo, como don,
generosos, desde el fondo del alma.

Y uno mismo, tambaleando, mareado, vencido,
queriendo darlo todo y no sufrir, no más,
cae y yace -
se yergue,
pesando en las manos
los huiros de todos los mares.

Nos alejamos.
Preguntamos por los niños, cómo les va.
Lo que les hace falta,
descubrimos ropa y juguete enmendables, y,
en silencio, hacemos.
Y cuando llegan, ruidosos, enérgicos,
piden y cuentan,
y son el centro del mundo.

Las avenidas,
siempre las viste largas, enormemente largas,
pero ahora las caminas ida y vuelta
y aún son cortas.

Te hundes
en la blandura de la tarde,
hiriente casi, como daño que haces
a su suavidad indefensa,
y si tú no te rebotas,
quién te salva.

Vas allá,
te hincas
frente a la piedra escrita.
Tu mano va a la tierra,
molesta plantas, aire,
sube al mármol,
toca, palpa, roza.
Silencias y miras,

si qué podrías dar de ti.
Y la cuna que se forma ahí,
la apenas iniciada concavidad
de altura y tierra
ahí, ahí adelante,
no te convence,
sonríes y te levantas,
si no es eso.

Sino arriba tal vez, un viento
grande y ancho, o
dónde, una marea del corazón
que abarque, que abrace,
y a nuestros ojos muestre
trigo y nieve
en la *misma* imagen,
juntos,
juntos aún,
humanamente vivenciables,
y no deambulemos nosotros
por los paisajes de la vida
como huérfanos,
como náufragos,
como vueltos de la guerra,
cojos, mancos, tuertos,
unos incapacitados del alma,
sin entender.

VI

A quienes la obediencia es anterior
al aire que respiran, al agua que beben,
a ellos, a los animales,

- los tranquilos, los benditos -

les nace riqueza, contenido y flujo
donde no cuestionan,
donde sus grandes ojos abiertos
ven, ingieren, son y dejan,
donde van con la verdad
de su cálido río, con la catarata
que su corazón suelta al valle de arbusto y árbol -
a ellos no les disminuye lo prescindible,
la cuña de vacío que nosotros clavamos
en las raíces de nuestra propia intimidad.

Nadan sumergidos en la claridad de su vida,
despiertos, limpios,
nadan, silenciosos, y son.

Pero nosotros.

No saben la diferencia entre olfato y tacto,
sabor y humedad, o, yendo al arroyo,
cuando muerden o beben, la fruta y el agua.
Son piel, roca, sombra, empuje y resistencia,
no saben, los inocentes, tiernos,
y todo les va.

Nosotros sí.

Corren, los bienaventurados, respiran,
corren o aúllan, convencidos,
- nada mas vale -
ahí sobre la colina nevada, aúllan,
aúllan el mundo.

O nos violenta la vida

y nos obliga.

Ellos nadan,
nadan sumergidos en la luz.
Van con el ir,
lo son, ellos mismos, ellos lo son,
íntimamente.

Nosotros no.

Son ola, pulso, vibran acordes con entorno y luna,
desvaneciéndose su propia frecuencia
toman la siguiente, melódicos,
de verdad en verdad.

Y mirándolos se nos mojan los ojos,
a nosotros, los más regalados,
los más osados,
lágrimas de envidia y ternura
cayendo de nuestras caras calladas,
viéndolos pastar, viéndolos parados,
amándolos, nosotros los enriquecidos,
afuera ya casi del todo,
incomprensiblemente.

O uno se acerca y aspira tu olor,
tu presencia erecta,
y tal vez se queda,
te acompaña -
tranquilo, hermanable.

VII

Nos miramos a la cara -
después de todo, de todo lo sabido,
nos miramos a los ojos,
como apurados, como intranquilos,
y en los ojos del otro
vemos nuestra propia, nuestra amenazada,
nuestra cálida cazada intimidad.

Queremos la paz.
Queremos ver crecer los huertos,
ver bosque y arroyo acercarse
a nuestras casas
y en los juegos de los niños
la libertad de su adultez.
Anhelamos tiempo y espacio,
ver nuestro ocio deambulando
por los ámbitos del vivir,
jugando, mezclando, creando;
tristeza y alegría expresándose
en algún corazón inundado;
salud y gracia sueltos a la luz
de joven y anciano.

Las palabras del lenguaje
que hablamos en calle y esquina
no sirven y sólo van tapando,
las palabras, los esfuerzos,
los tabúes sacramentados.

Agua cristalina
corriendo y saltando
desde vertiente o alma,
verla y tomarla,
pero más,
convidarla,
- ¡convidarla! -
como no querer mostrarla
antes que se mojen los ojos
y la garganta, apretada,
no quiera ya hablar.

Enajenados, empuñan artificios, leyes, armas,
los niños rabiosos, adultos por fuerza,
pero en su sangre les va el alma
de angustia, de venganza y lujuria,
de fantasía resentida,
ciegos, brutos.

Y caminar por las praderas abiertas,
las planicies verdes, crecientes,
liberadas de afán y depredación,
caminar por la vida misma
con la vista confiada
y atenta a toda esta armonía
que vibra adentro y afuera.

Temiendo, temiendo aún,
y de a poco aprendiendo, tentando,
de a pequeños, insignificantes logros,
escapando de inquisiciones, de compañías y centrales,
levantando esperanzas, enterezas, entregas,
y de noche abarcando el paisaje,
que mañana, si te encuentro,
te vea distinto a los ojos,
y tú sepas también.

VIII

Noche preciosa
allá en las alturas de mi vista
abarcando, cóncava, el centro de mi vivir,
brillando delicadamente la luz de tu transparencia,
como velo, como atracción,
profundidad femenina, intimidad
que mi corazón sale a encontrar,
compartamos, doblemos el tiempo regalado,
abiertos, claros, acordes,
noche preciosa.

Y yo vaya contigo, y no te disminuya
mi compañía terrenal, sea feliz y seguro,
sin dobleces, sin maniobras,
feliz y seguro frente a ti
y tú apoyes un rato tu amplitud
en mi estatura humana
y yo escuche
el largo relato de tu maravillosa existencia.
Así acompañándote se alegre mi corazón,
se sonría mirándote, sorprendido, casi incrédulo,
se alegre y no baje la vista,
y tú, tranquilamente yendo,
dejes ser.

Tanto te acostumbres a mis pasos, a mis gestos,
a mi ritmo de palabras y silencios,
tan junto a mi pulso tu presencia lejana,
que mi corazón, alguna vez, te muestre
tu gemela, tu hermana gemela,
tu hermana
a este otro lado de la vista,
la noche de mi alma, se atreva mi corazón,
vaya, abra sus puertas y te invite,
un gesto, aquí, y tú te acerques
y la enfrentes, amante,
hermana a hermana,
y sepas su vida, sus estrellas distantes,
sus constelaciones del sentir, las manchas azules
lentamente madurando dificultad y solución,

sus líneas imaginarias, fáciles,
pero más, el espacio, el espacio de emoción,
y tú, tú reflejes tu propio volumen
aquí adentro, en este igualmente nocturno,
en tu hermana del alma.

Pueda yo acercarme y abrazarlas,
a ustedes, a las hermanas, a las queridas,
abrazarlas con mis brazos humanos,
mis manos apretándolas tiernamente
y en mi cara sintiendo la doble presencia :

íntimas,
íntimas como son,
que yo las adore.

IX

Pinos y aromos, sauces, batro,
el agua, reposada,
evaporándose y mezclada con la neblina,
yace serena frente a mí.
El amanecer se inicia silencioso,
tenuemente, de ladera a valle,
entre distancias, va al bosque, vuelve,
se anuncia otra vez sobre agua y orilla,
sube y se esparce, de luz en luz,
calladamente.

Y mi alma va sobre el agua.

En la soledad de la hora
algún pato abandona su nido, nada,
pero se devuelve -
vahos sobre la superficie
lo esconden de mi vista.

Desde el centro de la noche
viene mi alma movida
y ahora, despierta,
no entiende vida e imagen, deambula,
cruza, apenas volando, y se sostiene.

Blando, tierno está el aire,
como dulzura acercada a la piel,
y la luz lo madura
hacia el día que viene.

Alguna nostalgia, un deseo,
las imágenes de un sueño,
qué sabe uno,
algo busca mi alma
unir a la serenidad del agua,
a su profundidad, a la liviandad
con que se despega y es aire,
algún parentezco entre mañana y sangre
que ella pueda saber
en la quietud de su seriedad.

Levanto agua en mis manos
y en mis párpados se transforma
en frescura y verdad.
Desnudo y lento
avanzo y me hundo.

X

Quisiese uno que fuese distinto,
de otra manera, que tuviese otro gusto,
que fuese fácil la cadencia,
el ir de verdad en verdad -
y cruzar las horas
como montado, mirando, empinado
sobre el dorso del caballo,
ligero, de paisaje en paisaje,
de nobleza en nobleza, conociendo,
la brisa en torno a cara y espalda.

Quisiese uno al menos ir de penumbra en penumbra,
tanteando el camino, intuyendo atrás y futuro,
ir como obediente
acompañando dificultad y tiempo
en esta, una de las vías a la maduración,
a riqueza y dulzura,
a la patria del alma, finalmente,
a casa, después de esto,
al hogar, al propio hogar.

Quisiese uno, algo que sea,
un girón, un harapo,
un trazo humano suelto
en la memoria, quisiese uno.

Te toma la vida y no te pregunta,
estruja tu alma
que caigan las gotas,
que caiga tu verdad sobre la mesa,
como si fueses apuesta,
como si alguien mostrase las monedas,
los dados, la suma de tu juego,
te aprieta la vida, te estruja,
y tus gotas, si las vieses, mira,
son amargura, son sufrir,
son sufrir apenas reconocible en su dimensión inhumana,
sufrir para las estrellas, para el universo,
para algún lugar donde quepa,
y tú, ciego, todo tu jugo derramado

en esta verdad que no percibes,
sordo, reventado, goteando aún
tus pocas ultimas gotas
de verdad.

Lo que uno quisiese,
siendo humano,
lo que es,
y alguien si sabe, si ve por encima,
dónde, a dónde vamos,
a dónde va la vida.

XI

Bailaba.

Guerra, guerra en medio de todo.
Palos, gritos y fuego,
balas, balas,
cómo es posible,
bombas estallando en medio de la sangre,
y, desparramada,
la existencia, sus pedazos
para nunca más reunibles.

Bailaba y me miraba.

Dolor y locura,
el dolor, el dolor
mareando historia y esperanza,
aquí,
ya no más enfrente, aquí,
entre los ojos,
en la cabeza, adentro,
que desmayes siempre.

Me miraba,
pero iba concentrada
en la liviandad,
en la gracia
de lentitud y verdad.

Hombres, parientes, hermanos,
rompiéndose, destrozándose,
extraños caminos de presente,
extraños caminos al futuro,
negados caminos, imposibles,
para ti, para mí.

Y ella bailaba,
cálida y blanda.

Los propósitos miles,
los planes, todo el bien prometido,

cálculos y estrategias,
 seguridad asegurada, todo,
 velo todo ahí
 destruyéndose mutuamente,
 bestias ensangrentadas levantando felices
 el brazo de la victoria,
 el brazo asesino,
 cayendo las bestias,
 cayendo desentrañadas, macabras,
 debajo de las próximas.

El pelo cubría a veces
 su cara,
 la sonrisa era cariñosa
 y me indicaba,
 a mí,
 a mí aludía -
 generosamente.

Predicadores, atormentadores,
 o rápidos, entre sorpresa y sorpresa,
 los más ágiles,
 que te unas al emblema de la muerte
 o mueras.

Cadenciosamente,
 girando en vaivén,
 su cabeza preciosa,
 la pelvis,
 la pelvis indecible,
 que la vea,
 la enfrente,
 que la lleve.

Agradecer el estar vivo.
 A quién, dime, a quién agradezco,
 a qué dios, a qué objeto,
 a la suerte,
 a la maldad que se detuvo ante mi,
 pusilánime, y no quiso,
 y yo vivo,
 vivo aún.

Mi largo camino hasta aquí,
 recordar pedazos de infancia,

de juventud,
los anhelos de congruencia y honestidad,
la riqueza de momentos felices,
conocimiento y seriedad entretejidos
con luz y sombra,
o hacia adelante, el camino madurable,
el camino hacia la amplitud,
sonreír a dificultad y distancia,
a flujo y quietud,
la balanza entre puedo y no puedo
en medio del corazón.

Bailando,
bailando suavemente,
indicaba su piel
hacia el centro del universo.